



Experiencias recientes de arte público en Santo Domingo¹

Myrna Guerrero

*Artista visual, animadora cultural, profesora y crítica de arte
República Dominicana*

¹ Artículo cedido por la autora al Portal Iberoamericano de Gestión Cultural para su publicación en el *Boletín GC: Gestión Cultural N° 16: Arte público*, abril de 2008. ISSN:1697-073X.

Resumen

En este artículo se plantea cómo a medida que la ciudad de Santo Domingo ha desarrollado procesos de urbanización y modernización, encontramos que diferentes instancias estatales, municipales y privadas han auspiciado proyectos que se han constituido en preludios de una política de arte público en la República Dominicana.

En torno al arte y el patrimonio cultural.

Cuando se menciona el término *patrimonio cultural* a la mente de muchas personas acude la imagen del monumento y de la arquitectura, posiblemente por ser elementos muy tangibles y presentes en las historias particulares de cada uno de nosotros. Menos conscientes somos de que la música, la literatura, la danza, el teatro y las obras de artes visuales en general, también son parte integrante de eso que entendemos como *patrimonio artístico* y que tiene que ver con fondos, bienes, riqueza, caudal, acervo, posesiones y, de manera muy especial, con herencia y heredad, es decir, los bienes artísticos que poseemos y que constituyen el legado de nuestro pueblo, todo aquello que disfrutarán las generaciones del mañana y que conformarán la memoria de su sensibilidad, identidad y pertenencia.

Las artes visuales en tanto que elemento del patrimonio.

Junto a los aportes en el desarrollo de la sensibilidad, el fortalecimiento de la identidad y su participación en la conformación de sentidos existenciales, entre otros, una colección de artes visuales es un referente obligado de épocas, costumbres, situaciones socioculturales y lenguajes artísticos que constituyen la memoria visual de una población y contribuyen al afianzamiento del sentido de pertenencia a un espacio, una comunidad y una nación. Gracias a las obras de arte, por ejemplo, para los dominicanos y dominicanas de hoy día las imágenes del patricio Juan Pablo Duarte y de la Virgen de la Altagracia refieren a sentimientos plenos de dominicanidad. De las artes visuales –especialmente de la pintura, la

escultura y la fotografía– se sirve la historia cuando desea poner en práctica proyectos de concientización y divulgación de principios y hechos históricos trascendentes.

En el caso que nos compete, la República Dominicana, el conjunto de obras de arte adquiridas con fondos del Estado se encuentra disperso por varias instituciones aunque la mayor cantidad de obras se encuentra en la colección del Museo de Arte Moderno. La Universidad Autónoma de Santo Domingo, la Dirección General de Bellas Artes, la Biblioteca Nacional, el Museo de la Familia Dominicana, el Museo del Hombre Dominicano, el Alcázar de Colón, el Museo de las Casas Reales, el Banco Central, el Banco de Reservas, el Monumento a los Héroes de la Restauración de Santiago, el Congreso Nacional, varias Secretarías de Estado y Direcciones Generales y los ayuntamientos municipales también atesoran obras muy importantes de nuestro patrimonio artístico visual. Es necesario, además, incluir dentro de este patrimonio a las obras de arte que se encuentran en recintos religiosos, así como también, las obras de arte público, ya que unas y otras interactúan en la vida cotidiana de nuestros ciudadanos.

La configuración del patrimonio artístico visual.

Hasta ahora la inversión estatal para la formación del patrimonio artístico visual dominicano ha sido administrada con diferentes criterios. A principios del siglo XX el estado adquirió obras de arte para el Museo Nacional, colección que se fortaleció con donaciones de los artistas del momento. A partir del 1942, con la creación de las bienales nacionales -primero de artes plásticas y ahora de artes visuales- se instauró la modalidad de premios-adquisición, es decir, el estado pasa a ser propietario de las obras galardonadas. De esa manera se forma un patrimonio importante durante casi dos décadas 1940-60, conjunto incrementado también por aportes de los artistas. La suspensión de las bienales nacionales durante las décadas de 1960 y 1970 -con la excepción de la bienal celebrada en 1974- creó un

hueco de prácticamente veinte años en la colección nacional, cuya continuidad fue afortunadamente reanudada con bastante regularidad desde 1979 hasta el presente.

También pasan a formar parte de nuestro patrimonio artístico visual las obras premiadas en concursos que organizan diferentes ministerios y dependencias gubernamentales. Algunos son concursos puntuales que surgen con motivo de algunas efemérides y otros con cierta periodicidad, como los concursos de fotografía de Cuaresma y Carnaval de la Secretaría de Estado de Cultura. Sin embargo, las piezas premiadas no se envían al Museo de Arte Moderno –actual depositario y conservador de la colección nacional- sino que permanecen en las dependencias organizadoras de dichos concursos, que no poseen ni el personal ni los espacios adecuados para su conservación y puesta en valor .

Como las ejecutorias de arte público realizadas hasta ahora han surgido de manera espontánea y desde muy diversos escenarios, las obras resultantes constituyen en segmento patrimonial de alto riesgo ya que, en la mayoría de los casos, estos proyectos no contemplaron acuerdos de colaboración con dependencias gubernamentales especializadas para la salvaguarda y conservación de las obras resultantes y los patrocinadores no cuentan tampoco con ellas.

Arte público

En la República Dominicana ha ocurrido que muchos proyectos de arte público que involucraron la realización de esculturas monumentales y murales pictóricos o cerámicos, con el tiempo se transformaron en proyectos de arte efímero, debido a que una vez inaugurados fueron abandonados a su propia suerte sin designar quien quedara a cargo de su conservación, por lo que en pocos años los efectos del tiempo, la intemperie y hasta de actos vandálicos hacen estragos que contribuyen con el deterioro y la desaparición de estas obras de arte, que inicialmente

contribuyeron a mejorar la calidad de vida de los dominicanos. En un país pobre, donde poco se destina al fomento de las artes visuales, el desperdicio que crea la falta de visión y propósitos es una falta grave.

Y es que la costumbre ha sido que estas iniciativas, en un principio novedosas y atractivas, sólo contemplan las etapas de diseño y realización -no así su conservación- de manera que están condenadas a la ruina y el olvido. Más aún, muchos de estos proyectos han sido concebidos y financiados por diversas instancias gubernamentales, municipales y privadas, cada una de las cuales, luego de inaugurar los proyectos de arte público consideran terminada su responsabilidad con los mismos, quedando la obra de arte abandonada y sin cuidados que garanticen su preservación. Esta circunstancia hace que hayamos perdido obras murales de muchos maestros dominicanos realizados durante los años cincuenta, entre ellos Paul Giudicelli y Eligio Pichardo, así como que una gran cantidad de obras escultóricas más recientes se encuentren hoy en altos niveles de deterioro.

Experiencias malogradas

A pesar de la ausencia de una cultura de conservación, en el país continúan realizándose inversiones cuantiosas en proyectos de arte público. Así, a partir de los años noventa se han desarrollado varios proyectos en la ciudad de Santo Domingo, algunos de muy triste final. El caso más dramático y vergonzoso es el de los silos del maestro venezolano Carlos Cruz Diez, figura trascendente del arte cinético internacional, cuya obra animó la ciudad desde la margen oriental del río Ozama durante varios lustros, cuando los otrora silos monocromáticos se vistieron de bandas multicolores que crearon una imagen cinética que se destacaba sobre el fondo azul celeste del cielo dominicano. El proyecto, que incluyó exposición en el Museo de Arte Moderno (MAM) y visita de Cruz Diez a Santo Domingo, también involucró en su realización a muchos artistas y estudiantes de arte dominicanos y constituyó un hito en nuestra historia cultural. Sin embargo, ninguna institución se

hizo responsable de su conservación y a medida que el sol, la lluvia y la contaminación se hacían cargo de la obra, organismo alguno relacionado con las artes alzó la voz en señal de alerta. Hace unos años la obra de Cruz Diez desapareció bajo nuevas capas de pintura.

Igual destino parecen tener las obras del maestro dominicano Silvano Lora quien realizó, entre otros, tres trabajos murales de gran importancia. Un mural en la Facultad de Economía de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, hoy muy deteriorado. El trabajo de la Casa de la Juventud, en el populoso sector de Villa Francisca, hoy cubierto por vegetación y la intervención en el inmenso tanque de agua que posee en sus instalaciones del exclusivo sector de Arroyo Hondo la Corporación del Acueducto y Alcantarillado de Santo Domingo (CAASD). Todas estas obras se podrían restaurar y cumplir un doble objetivo, recuperar la memoria del arte público de un gran artista dominicano y contribuir positivamente a saneamiento visual de los entornos en los que se encuentran estos trabajos.

El color de la vida

A principios de la década de los noventa se desarrolló *"El color de la vida"*, primer gran proyecto de arte público auspiciado por el sector privado, en este caso, por la empresa Pinturas Popular. A iniciativa de Freddy Ginebra –gestor cultural que ha desarrollado múltiples proyectos entre ellos la Casa de Teatro, institución creada en el 1974- se realizaron murales en las ciudades de Santo Domingo, Santiago, La Vega y Jarabacoa, generando gran entusiasmo entre artistas y colectividades participantes.

En la ciudad de Santo Domingo participaron de este proyecto los siguientes artistas: Teté Marella en la calle Palo Hincado esq. El Conde, frente al Parque Independencia, en el centro histórico de la capital dominicana. Soucy de Pellerano en la Universidad APEC, campus central. Elsa Núñez en el Instituto Tecnológico de Santo Domingo

(INTEC). Silvano Lora en la actual Casa de la Juventud, c/ Jacinto de la Concha casi esq. Av. México, un barrio muy popular. Ángel Haché en la Universidad Tecnológica de Santiago, campus de Santo Domingo, Geo Ripley en el Museo de Arte Moderno (MAM), Plaza de la Cultura. El proyecto fue muy bien recibido, contribuyó al ornato de los espacios donde fueron realizados estos murales, al tiempo que favoreció la interrelación arte-ciudadano en espacios de gran circulación vehicular y peatonal. De todos los trabajos mencionados, hoy sólo sobreviven los trabajos de Geo Ripley y el de Ángel Haché.

Posteriormente se incluyó la intervención al Obelisco de Santo Domingo, ubicado en la avenida del borde marino de la ciudad capital dominicana, en una operación conjunta entre Pinturas Popular, la Compañía Dominicana de Teléfonos (Codetel) y el Ayuntamiento de Santo Domingo. Han participado pintores de gran prestigio como Cándido Bidó, Elsa Núñez, Amaya Salazar y Jorge Severino quienes sucesivamente intervinieron el monumento y de antemano se consideró el carácter efímero de estos trabajos. A partir de la participación de Elsa Núñez se decidió que la intervención pictórica en el monumento capitalino rindiera homenaje a las heroínas nacionales Patria, Minerva y María Teresa Mirabal, asesinadas por la dictadura trujillista en el 1960 y cuya fecha de inmolación generó la conmemoración, cada 25 de noviembre, del Día Internacional de la No Violencia contra la mujer. Independientemente de la calidad artística de las obras realizadas en el Obelisco, de manera particular consideramos que la integridad de los monumentos debe ser preservada en su imagen original, sin intervención alguna y que el Obelisco de Santo Domingo lo que requiere es de conservación, en tanto que monumento y que se le respete como tal.

El Bulevar de la avenida 27 de Febrero

El proyecto de renovación vial de la avenida 27 de Febrero -importante arteria de circulación este-oeste de la ciudad de Santo Domingo- desarrollado entre 1996-

2000 a cargo de la Secretaría de Estado de Obras Públicas, incluyó la realización del *Bulevar de la 27 de Febrero*, sobre un túnel localizado en el espacio comprendido entre las avenidas Winston Churchill y Abraham Lincoln. Allí se contempló la colocación de murales cerámicos y esculturas monumentales. El escultor Bismarck Victoria y el crítico de arte Amable López Meléndez fueron los curadores de un proyecto que, si bien tuvo la virtud de haber sido el primer proyecto gubernamental de un conjunto de esculturas monumentales, no es menos cierto que desde su inauguración recibió duras críticas por considerarse que el espacio destinado para las obras no era el adecuado y la contaminación producida por el tránsito vehicular haría estragos en poco tiempo.

Hoy, el bulevar inaugurado en 1998 luce descuidado, desierto y las esculturas presentan señales de diez años sin mantenimiento profesional alguno. Sería lamentable y sin sentido que un conjunto de obras de gran calidad artística, realizadas por figuras señeras de la escultura dominicana como Luichy Martínez Richiez, Soucy de Pellerano, Bismarck Victoria, Johnny Bonnelly, Said Musa y Joaquín Mordán Ciprian continúen deteriorándose ante la negligencia de las instancias competentes.

Y aunque el traslado a un espacio que garantice mejor su disfrute y conservación por sí solo no es la solución, tal vez el cercano paseo de la Winston Churchill pudiera ser la alternativa que proporcione la posibilidad de su puesta en valor y conservación, en una acción conjunta donde participen como socios benefactores las entidades financieras y comerciales del área. Sería dar continuidad al proyecto original en una acción que hasta podría ser fortalecida con otros trabajos de igual calidad y magnitud. Tendría la ciudad de Santo Domingo un jardín de esculturas de mucha dignidad y que se convertiría en nuevo atractivo para residentes y visitantes de la urbe.

La avenida Las Américas

En un proyecto dirigido por la Secretaría de Estado de Obras Públicas en el 2003, para la renovación y acondicionamiento de la Avenida de Las Américas -que enlaza la ciudad capital con el Aeropuerto Internacional de Las Américas bordeando el Mar Caribe- se diseñó un parador en el que se incluyeron varias obras de arte, entre ellas mural cerámico de Cándido Bidó, escultura de Luis Muñoz, un trabajo pictórico de Raúl Recio y escultura monumental de Johnny Bonnelly. Todas estas obras se integran armónicamente al paisaje y constituyen un gran atractivo para cuantos circulan por esta importante vía. Los tres primeros trabajos se encuentran todavía en buen estado de conservación, mientras que la pieza de Johnny Bonnelly ya ha sido objeto de actos vandálicos de parte de los "busca metales".

El paseo de la Anacaona y la José Contreras.

En el 2005, el Ayuntamiento de Santo Domingo concibió una propuesta de arte público con murales pictóricos colocados a todo lo largo del tramo comprendido entre la avenida José Contreras –al sur- y el denominado Paseo de la Salud –al norte. Organizado por Verónica Sención, el proyecto utilizó como soporte de las pinturas los números-esculturas que marcan las distancias en esas vías, en una intervención que desvirtúa el carácter de los números y viola la integridad del diseño original del paseo.

En la José Contreras se encuentran trabajos de Marianela Jiménez, Julio Susana, Bernardo Then, Tiburcio, Marco Lluberes, Elvis Avilés. Las bases de los soportes están muy deterioradas, rodeadas de basura y en algunos casos la pintura empieza a desprenderse. En el Paseo de la Salud, tenemos trabajos de José Cestero, Alberto Bass, Rotellini, Guillo Pérez, Angel Haché, Elsa Núñez, Aquiles Azar, Cándido Bidó, Soucy de Pellerano y Tony Capellán, conjunto de mejor perspectiva, adecuación tema-soporte y conservación que el anterior.

La falta de información respecto al proyecto y los artistas minimiza el impacto de esta propuesta de arte contemporáneo, toda vez que para la mayoría de las personas que circulan por estas vías estos trabajos no pasan de ser una "decoración" más.

Artistas de reconocida trayectoria en el arte dominicano fueron convocados para este proyecto. A menos de dos años de inaugurado, las obras empiezan a deteriorarse y si no se toman las medidas adecuadas, en pocos años seguirán la suerte de otras iniciativas similares.

El parque de la Núñez de Cáceres.

El último proyecto de arte público con vocación de permanencia realizado en Santo Domingo (2007) se localiza en la recién inaugurada plaza de la avenida Núñez de Cáceres, promocionado proyecto que transformó una antigua laguna contaminante en un atractivo parque de recreación para los vecinos del área. La escultura metálica "*Agua fragmentada*" de Nicolás Aracena, el conjunto escultórico "*Purificación elemental*" de Carlos Santos Durán y el mural cerámico "*Donde habita un manantial que trae vida*" de Iris Pérez aportan un elemento artístico que se integra tanto al espacio de esparcimiento como a la visual de quienes circulan cada día por la Núñez de Cáceres. Las tres propuestas hacen referencia al agua como fuente de vida y la capacidad de transformación de un espacio contaminado en un espacio recreativo de uso público donde el arte tiene un rol protagónico. Las tres piezas se incorporan con facilidad a los espacios circundantes creando armonías matéricas y cromáticas que enriquecen el entorno.

Esperamos que así como de seguro existe una instancia encargada del mantenimiento de esta plaza y del saneamiento permanente de la laguna, se considere un acuerdo con personal capacitado o con los mismos autores, para el

mantenimiento de estas obras de arte, que ya son parte del patrimonio artístico de nuestra ciudad.

